

Dossier armenio: genocidio y propaganda

Antonio Cuesta

Rebelión

Cada 24 de abril millones de armenios, en su país y en la diáspora, conmemoran a las víctimas de 1915. En tal fecha, más de 600 intelectuales de la comunidad armenia de Estambul (entonces capital del Imperio otomano) fueron detenidos, deportados, y finalmente asesinados o desaparecidos. En los meses siguientes fue llevado a cabo un vasto plan de deportaciones forzosas hacia el desierto de Siria, contra los ciudadanos otomanos pertenecientes a las minorías cristianas en su mayor parte armenios apostólicos, pero también siriacos, greco-ortodoxos, católicos y protestantes. Como resultado de las durísimas condiciones en que fueron realizadas esas marchas y también de las matanzas cometidas contra los deportados cientos de miles de personas murieron, la mitad de ellas mujeres y niños.

Las víctimas de aquel genocidio se siguen recordando y siguen reclamando justicia pero ¿quién puede proporcionársela? ¿y cómo? Atrapados entre un nacionalismo obtuso y una diáspora cuyo principal interés consiste en aumentar su influencia de lobby en los países de acogida, turcos y armenios hacen lo que pueden para tender puentes de entendimiento y reconciliación.

Un nacionalismo -el turco- construido sobre la negación de su propia realidad plural y la existencia de grupos étnico-religiosos y culturas diferentes dentro de la sociedad. Sustentador de un Estado construido como un cuerpo aparte de la esfera social, *el cual se ve a sí mismo como una entidad especial y se organiza casi en oposición a la sociedad* [Taner Akçam, 231]¹, y defendido por el ejército, garante de este *statu quo*. La cuestión del genocidio armenio es uno de los pilares intocables de la República, y cuyo discurso oficial no puede ser quebrantado impunemente sin incurrir en una agresión contra la *turquicidad*.

Un nacionalismo -el armenio- que sigue afirmando que Dios eligió Armenia para situar ahí el paraíso terrenal y cuya población desciende de Noé, quien encalló su nave en el monte Ararat tras el diluvio universal. Una historia que, como denuncia el académico Razmik Panossian, se transmite en todas las escuelas primarias armenias en cualquier parte del mundo pues "la mayor parte de la joven generación de historiadores que se acerca, en Armenia y algunos en la diáspora, ven la escritura de la historia como una herramienta de uso para propuestas nacionalistas" [Panossian, 17]². De modo que muchos académicos occidentales de origen armenio que no suscriben las tesis nacionalistas son a menudo tildados como "traidores" por historiadores e intelectuales en Armenia y, también, en la diáspora.

La cuestión del genocidio deviene entonces -como en su día denunció el periodista Hrant Dink- en una cuestión política. Las tesis de Dink diferían de las esgrimidas por la diáspora y el sector nacionalista armenio. De acuerdo con el periodista asesinado el discurso sobre el genocidio no está desarrollado en términos históricos y está blindado por la diáspora con una doble intención: por una parte es una "cuestión nacional" que impide su asimilación; y en segundo lugar incrementa su influencia política en los Estados de acogida. Con el agravante de que tal discurso no sólo bloquea el diálogo entre Turquía y Armenia, sino que

1 Taner Akçam, *From Empire to Republic*. Zed Books, Londres/Nueva York 2004.

2 Razmik Panossian, *The Armenians: from Kings and Priests to Merchants and Commissars*. Columbia University Press, 2006.



además perjudica la integración de la minoría armenia en la sociedad turca [Baskin Oran].³

Hrant Dink fue un intelectual turco comprometido y de izquierdas que incomodaba a los nacionalistas de un bando y del otro. Y por eso fue asesinado. Creía en la reconciliación de los turcos y los armenios tanto como en la necesidad de acabar con las injusticias sociales en ambos países. Dink recriminaba a la diáspora y al gobierno armenio sus constantes críticas a Turquía, mientras se pasara por alto el principal problema de los armenios que no era otro que la pobreza.

A diferencia de otros escritores -como Orhan Pamuk o Elif Şafak- Dink no abandonó su ciudad -Estambul- cuando comenzaron las amenazas. No dejó su país como tampoco abjuró de su honestidad y coherencia contribuyendo desde las páginas del semanario que dirigía, *Agos*, a un debate todavía tabú en Turquía pero también entre los armenios. Baste recordar el caso del profesor Stanford J. Shaw, quien tuvo que refugiarse en Turquía después de que un grupo radical nacionalista armenio colocase una bomba en su casa de los Estados Unidos.

Dink estaba en contra de las presiones del lobby armenio para conseguir el reconocimiento del genocidio por parte de los gobiernos (una veintena en la actualidad), o la promulgación de leyes como la francesa de 2006, en la que se tipificaba como delito la negación del genocidio armenio. Incluso llegó a mostrar su intención de viajar al país europeo cuando la ley entrara en vigor, para quebrantarla. No tuvo la oportunidad.

Como en el caso judío, la acusación de "negacionismo" no se circunscribe a quienes rechazan -o evitan definir- aquellos crímenes contra la población armenia otomana como *genocidio*, sino que también alcanza a cuantos cuestionen cualquiera de los tres tabúes sobre los que se asienta la versión oficial armenia: la cifra de muertos, la responsabilidad de la masacre y la denegación de justicia.

LAS VÍCTIMAS

La crítica al número de víctimas no es una contabilidad macabra, pero conviene tener en cuenta que el plan de aniquilación de las minorías cristianas afectó no sólo a los armenios apostólicos, como prueba la petición dirigida por Alemania (entonces aliada del Imperio otomano) al gobierno de Estambul para que se excluyera al menos a los protestantes del programa de deportaciones.

Existieron también los denominados genocidio asirio y griego, olvidados o intencionalmente ignorados incluso por el nacionalismo armenio como sucedería años después con los gitanos, víctimas de la barbarie nazi y del discurso sionista orientado a presentar a los judíos como únicos mártires.

“El pueblo gitano no es muy numeroso, de modo que las estadísticas de su exterminio no son impresionantes [...] murieron casi medio millón de gitanos, pero cuando muere un ser humano, muere con él todo un mundo de esperanza, recuerdos y sentimientos. Arrebatar a un ser humano la dignidad de morir de muerte natural es una privación atroz”.⁴

Del mismo modo asegura Veiga para el caso armenio que, pese a las diferencias entre el millón y medio de muertos que defiende el nacionalismo armenio y los 300 mil de algunos autores turcos, las cifras son lo suficientemente elevadas como para calificar el hecho como genocidio⁵. Más aún, aunque no hubiera habido más que un único hombre perseguido por

3 Baskin Oran, “The reconstruction of armenian identity in Turkey and the weekly *Agos*”. *Nouvelles d’Armenie Magazine*, 17/12/2006.
http://www.armenews.com/article.php3?id_article=27696

4 Robertson Davies, *Ángeles rebeldes*. Libros del Asteroide, Barcelona 2009. pp. 165-166

5 Francisco Veiga, *El turco: Diez siglos a las puertas de Europa*. Editorial Debate, Barcelona 2006. p. 415.



su fe o su origen étnico, no hubiera dejado de ser un crimen contra la humanidad.

Pero la explotación política, por una nación que ni siquiera existía cuando fueron cometidos los crímenes, las cifras arbitrariamente exageradas para intentar demostrar que el sufrimiento de unos no tenía parangón con el de los demás, y su denominación como el primer genocidio del siglo XX, tienden a hacer olvidar a otras víctimas y otros genocidios ocurridos en esa época⁶.

Los mayores beneficiarios de este discurso son sin duda las potencias criminales (EEUU, Gran Bretaña, Alemania, Bélgica...), pero también el propio lobby armenio. Ese carácter de víctima ha sido aprovechado por el Estado y determinados sectores para ocultar los crímenes y masacres perpetrados contra la población civil en Nagorno Karabaj durante su guerra de independencia. De ese modo la voluntad deliberada de perpetuar una mentira ha conducido a la falsificación sistemática y arbitraria de la historia.

Como recuerda el sociólogo norteamericano James Petras para el caso judío, "la manipulación de la cuestión de las víctimas del holocausto ha contribuido de un modo desproporcionado en la influencia que los grupos de presión pro-israelíes ejercen para asegurar que tanto EEUU como la UE financien la limpieza étnica del pueblo palestino"⁷.

En el caso armenio uno de los primeros informes realizados sobre las masacres fue llevado a cabo por el misionero protestante alemán Johannes Lepsius. En su primera investigación (1916) recogió una cifra de 500 mil muertos. Ese mismo año la embajada alemana en Constantinopla (aliados del Imperio otomano durante la 1ª Guerra Mundial y presumiblemente conocedores de los hechos) estimó en 800 mil el número de víctimas. En 1919, Lepsius llevó a cabo una revisión de su informe (o la 2ª edición del mismo), más preciso y exhaustivo, situando el número de fallecidos en 1 millón 100 mil.

Existió también una cifra oficial. El 14 de marzo de 1919, el gobierno de Estambul anunció tras la realización de una investigación que el número de víctimas armenias durante la guerra había sido de 800 mil. Este fue el resultado de la comisión establecida por el Ministro del Interior Mustafa Arif Değmer en diciembre de 1918. Esta cifra sería repetida en varias ocasiones por distintos responsables políticos. Por ejemplo por parte de Mustafa Kemal *Atatürk*, quien reconoció ante el enviado del presidente estadounidense Wilson -el general Harbord- que alrededor de 800 mil armenios habrían sido asesinados.

También el que fuera ministro de Interior otomano, Talat Paşa, y principal responsable de las matanzas, dejó escrito que el número de deportados fue de 924.158 personas, según reveló en 2005 el diario turco *Hürriyet*. [Mourenza]⁸

6 Puede hablarse sin lugar a dudas de un genocidio indio perpetrado por el gobierno de EEUU, que llegó hasta las puertas del siglo XX. Del mismo modo también puede calificarse de genocidio el que ese mismo gobierno llevó a cabo en Filipinas entre 1899 y 1913. Las tropas estadounidenses quemaron aldeas, masacraron sus poblaciones y torturaron a miles de personas. Las víctimas oscilan (según los autores) entre 200 mil y más de un millón, quedando para la posteridad la frase del general Jacob H. Smith "matad a los mayores de 10 años". La *Philippine-American war Centennial Initiative* dio la cifra de 510 mil civiles muertos. Como en el caso armenio muchos fallecieron en campos de concentración, por hambre o enfermedades.

Igual ocurrió en la guerra anglo-boer en 1902 por el control de África del Sur. Decenas de miles de africanos y boers murieron confinados.

Entre 1904 y 1907 Alemania llevó a cabo un genocidio contra las tribus herero y namaqua en la actual Namibia. Se calcula que la mitad de esas poblaciones fueron asesinadas (entre 35 y 75 mil personas). El Informe Whitaker de la ONU (1985) reconoció este hecho como uno de los primeros genocidios del siglo XX.

7 James Petras, "Modernidad y Holocaustos del S. XX. Construcción del Imperio y asesinato masivo". *Revista Laberinto*, Nº 21, 2º cuatrimestre, Madrid 2006, p. 63.

8 Andrés Mourenza, *Transcaucasia exprés*. Rebelión, 2009.

<http://www.rebellion.org/docs/86284.pdf>



Estudios más recientes sitúan el número de víctimas entre 700 y 900 mil atendiendo al censo oficial de la época y al número de refugiados en los países de la región al término de la guerra. Los historiadores armenios sin embargo se muestran implacables con la cifra del millón y medio. El origen de esta controversia podría deberse a que éstos usan, sin excepción, el censo del Patriarcado Armenio de Constantinopla, claramente sobredimensionado según todos los estudiosos.

Uno de los trabajos más rigurosos realizados sobre la población otomana es el llevado a cabo por el académico francés Daniel Panzac⁹. Este investigador recuerda que el censo realizado por las autoridades otomanas en 1914 fue el primero en aquel Estado en utilizar métodos científicos y técnicas verdaderamente estadísticas. Por su parte el censo eclesiástico estaba confeccionado mediante los registros parroquiales de nacimientos y muertes, presentando numerosas carencias y lagunas, tales como la falta de datos sobre la edad o el género de los censados. Según Panzac los datos eclesiásticos fueron notablemente “inflados” en las seis provincias donde residía la mayor parte de la población armenia como forma de presionar al gobierno central en sus reivindicaciones nacionalistas.

En cualquier caso, si existen discrepancias en las cifras globales éstas disminuyen atendiendo a criterios porcentuales, donde casi todos los estudios sitúan entre un 40 y un 50% de la población armenia el número de fallecidos, bien por las masacres, bien por enfermedades, inanición o por las durísimas condiciones en que fueron realizadas las deportaciones.

Las verdaderas cifras nunca se conocerán, no sólo debido a las diferencias relativas a los censos sino también por los disímiles datos sobre los refugiados, las conversiones forzosas al Islam (Lepsius considera entre 250 y 300 mil) y los desplazados internos que se refugiaron en zonas de montaña y cambiaron de identidad y, aparentemente, de religión¹⁰.

Algunos novelistas actuales como Elif Şafak o Ahmet Ümit han reflejado en sus novelas el drama de esos armenios invisibles que durante décadas han permanecido, y continúan, en el anonimato. De manera casual en un viaje reciente al interior de Anatolia pude conocer a uno de ellos. En la pequeña ciudad de Sivas, Ilke de unos 50 años me contó que la comunidad se componía de 78 miembros, que rezaban en casa y que ocasionalmente se desplazaban a Kayseri donde al parecer cuentan con una iglesia.

El académico Panossian cree que “quizás unos cuantos miles de armenios permanecieron en pueblos remotos, escapando de la deportación y la muerte. Algunas de estas personas fueron formalmente convertidas al Islam pero mantuvieron su fe [cristiana] como religión familiar”. Es de destacar que incluso noventa años después, existen familias y pueblos en los que de forma privada o secreta se mantienen elementos de identidad armenios o se reivindican descendientes de armenios. Se cree que es un número insignificante, sin embargo el Patriarcado Armenio de Estambul considera que podrían llegar a ser 250 mil.

Por desgracia para estas víctimas, nunca serán tomadas en cuenta por una diáspora cuya principal seña de identidad es pertenecer a la primera nación cristiana de la historia (uno de los mitos fundadores de la citada identidad), de modo que dejar de pertenecer a ese credo es abandonar la comunidad nacional. Como le ocurrió a los *hamshenis*, descendientes de armenios convertido al Islam en siglos pasados y, por tanto, ignorados tanto por los armenios como por los escuadrones encargados de las deportaciones en 1915. Son musulmanes suníes que hablan un dialecto armenio y que gracias a su religión escaparon a las matanzas. Viven en la zona nororiental de Turquía, en las costas del Mar Negro, y en Estambul y se estima su población en unos 300 mil individuos.

9 Daniel Panzac, “L'enjeu du nombre. La population de la Turquie de 1914 a 1927”. *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, 1988, Vol. 50, Numero 1, pp. 45-67.

10 Según Raymond Kevorkian 120 mil se convirtieron al Islam y 75 mil sobrevivieron escondiéndose [en “L'Extermination des déportés Arméniens Ottomans dans le camps de concentration de Syrie-Mésopotamie (1915-1916). La deuxième phase du génocide”, *Revue d'histoire arménienne contemporaine*, vol II, 1996-7-8].



LOS CULPABLES

Pese a que el paso del tiempo y la investigación de documentos oficiales y archivos estatales han permitido establecer con bastante aproximación los responsables de las deportaciones y las masacres contra los cristianos, la versión más ampliamente extendida es que el plan fue organizado y llevado a cabo por el Estado turco o, incluso, por "los turcos".

En un valiente y fundamental trabajo de investigación el académico turco Taner Akçam detalla aspectos fundamentales sobre la organización y ejecución del genocidio, tras realizar un exhaustivo estudio de las fuentes documentales otomanas y turcas¹¹. Este autor explica cómo una vez iniciada la 1ª Guerra Mundial, en el verano de 1914, se creó la denominada *Organización Especial* cuya coordinación fue asignada a los Departamentos de Defensa, Interior y al Comité Central del Comité para la Unión y el Progreso (CUP), partido en el gobierno.

La *Organización Especial* fue formada por unidades de paramilitares, y destinada al este de Anatolia con el fin de trabajar para unificar a los musulmanes y a los turcos tanto de un lado como del otro de la frontera. Estas unidades paramilitares o cuerpo de voluntarios se nutrieron fundamentalmente de tribus kurdas, prisioneros convictos, e inmigrantes del Cáucaso y los Balcanes. Nuevos escuadrones fueron creados en diferentes regiones del país y pasaron a ser responsabilidad directa de los responsables provinciales del CUP.

Desde un primer momento las unidades se dedicaron a realizar acciones militares dentro del territorio ruso y también contra poblaciones armenias, así como contra sus líderes políticos, intelectuales y religiosos. Pero la indisciplina y la anarquía de estos paramilitares les llevó a atacar también a campesinos musulmanes. El ejército los culpó entonces del clima de caos y deterioro de la ley y el orden en la zona este del país, y pidió la abolición de las mismas o su integración en los cuerpos regulares del ejército. Llegados a ese punto, el CUP decidió hacerse cargo en exclusiva de estos escuadrones. En la medida que la guerra con Rusia se complicaba y parecían existir voluntarios armenios luchando con el enemigo, los líderes del partido de gobierno idearon de manera clandestina un programa de deportación y eliminación de la población armenia. Hay evidencias suficientes para afirmar que la decisión fue tomada por el Comité Central del CUP tras largas e intensas discusiones.

El principal responsable fue Talât Paşa, ministro de Interior en ese momento. Bahattin Şakir fue el encargado de comandar las unidades paramilitares. Dentro del citado ministerio se creó una estructura clandestina de mando para trasladar las órdenes de las deportaciones y las masacres a las distintas regiones, donde los responsables del partido serían los encargados de llevarlas a cabo utilizando para ello a los paramilitares.

De la investigación realizada por Akçam se concluye que Talât movilizó a los gobernadores provinciales para llevar a cabo las deportaciones mientras que Şakir se encargaría de liquidar a los prisioneros. Los gobernadores que no quisieron cumplir las órdenes dimitieron, fueron retirados de sus puestos o asesinados ante su negativa.

Pero no sólo numerosas autoridades se opusieron al plan genocida, también la población civil ayudó en lo que pudo a sus vecinos armenios, o asistió a los deportados en su camino hacia el destierro o la muerte.

Según relata el investigador turco¹², la comunidad musulmana de Kastamonu marchó hasta la oficina del gobernador, declarando: "No pararemos mientras nuestros vecinos estén siendo asesinados". Algo similar ocurrió en Yozgat donde los musulmanes se enfrentaron a uno de los asesinos al grito de "¡No hay lugar en el Corán para el asesinato de inocentes!". En Urfa Haji Halil, un piadoso musulmán, escondió durante un año en el ático de su casa a una familia armenia de ocho miembros pese a la prohibición bajo pena de muerte que

11 Taner Akçam, *op. cit.*

12 Taner Akçam, "Carta abierta al Primer Ministro Recep Tayyip Erdoğan", publicada en el diario *Taraf* el 13 de marzo de 2010.



existía para tal acción. Existen centenares de historias similares. Miles de musulmanes se opusieron a lo que estaba pasando, pues el asesinato de inocentes no tiene cabida en el Corán. Miles de armenios reconocen: "Si estamos vivos hoy, es sin duda gracias a la ayuda de algunos musulmanes".

Todos los documentos, testimonios y comunicaciones entre los perpetradores del genocidio dejan clara la organización del mismo por parte del CUP y la responsabilidad intelectual y de dirección a Talat Paşa, ministro del Interior.

Tras la derrota otomana y la firma del armisticio de Mudros (30 de octubre de 1918) el nuevo gobierno estableció una comisión al frente de la cual se encontraba el ministro de Interior, Mustafa Arif; los resultados de su informe, dados a conocer el 13 de marzo de 1919, señalaban que el número de armenios asesinados durante las deportaciones fue de 800 mil. Un mes después, el 28 de abril, comenzaron los juicios contra los responsables del CUP de la Organización Especial en Estambul. Al mismo tiempo se iniciaron en diversas provincias juicios contra los responsables locales.

Las condiciones del armisticio definían cuáles serían los límites y las fronteras del Imperio otomano (básicamente las mismas que corresponden a la Turquía actual). Este territorio fue definido por los turcos como el *Pacto Nacional*. Además se estipuló la ocupación militar de distintos puntos del país por las tropas aliadas, el control de los estrechos (Dardanelos y Bósforo), las comunicaciones y el ferrocarril, y la posibilidad de intervenir militarmente si las condiciones de seguridad se veían amenazadas.

La derrota y el fin de la guerra significó el inicio del fin del Imperio otomano; en el interior del país surgió un movimiento nacionalista -liderado por Mustafa Kemal- que en pocos meses llegó a constituir un contrapoder al gobierno "oficial" del Sultán, con su propia asamblea y un gobierno paralelo.

En el exterior, las potencias reunidas en la Conferencia de Paz de París decidieron llevar a la práctica el sueño de siglos de acabar con el Imperio otomano por encima de cualquier otra consideración, "prefiriendo repartirse entre ellos de acuerdo a sus propios intereses imperialistas, en lugar de castigar los crímenes contra la humanidad" [Akçam, 182].

En efecto, pese a los repetidos intentos, tanto por parte del gobierno de Estambul como del gobierno nacionalista de Ankara (Mustafa Kemal), de juzgar a los responsables del genocidio, la actitud de los aliados fue en otra dirección. De acuerdo con Lloyd George, el primer ministro británico, sacar a los turcos "fuera de Europa" era un problema que había preocupado a la vida política europea durante los últimos siglos por lo que había que aprovechar "esta oportunidad por la cual había esperado [Europa] durante 500 años y la cual no volvería otra vez". [Akçam, 184]

El 20 de diciembre de 1917, Lloyd George expresó en un discurso una premisa categórica para cuando la guerra finalizara: "la dictadura sangrienta de los Turcos nunca será restaurada".

¿Qué significó en la práctica esta actitud? Según el telegrama enviado el 3 de abril de 1919 a la Conferencia de París por el responsable de las potencias aliadas en Estambul:

"Con el fin de castigar a todas esas personas que son culpables de los horrores cometidos contra los armenios, es necesario castigar a los Turcos como a un todo. Por tanto, propongo que el castigo sea aplicado a nivel nacional mediante el desmembramiento del último imperio turco, y a nivel personal juzgando a los altos funcionarios que figuran en la lista de que dispongo, de modo que sirva como ejemplo para sus sucesores". [Akçam, 186]¹³

13 Ya antes, el 24 de mayo de 1915, con la llegada de las primeras noticias sobre las matanzas de armenios que estaban teniendo lugar, las potencias europeas advirtieron por primera vez al gobierno otomano que serían responsables de las masacres cometidas contra los armenios.



Por tanto, el punto de vista de los aliados fue hacer aparecer a los turcos como directamente responsables, y por tanto merecedores de castigo, por los crímenes cometidos contra la población armenia. Pues a lo largo de todos los documentos escritos en la Conferencia de París el único asunto que se trató fue el del reparto de Anatolia entre las potencias, nunca el del destino de los funcionarios verdaderamente responsables. "Es imposible encontrar ningún documento que mencione los debates en los que se tratara la cuestión de cómo debían de ser juzgados los criminales de guerra". [Akçam, 186]

Cuando el gobierno otomano expresó su rechazo al plan de partición de su territorio, el *Consejo de Diez* (jefes de gobierno y ministros de asuntos exteriores de EEUU, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón) fue claro en su respuesta: los "Turcos" no podrían salvarse de su responsabilidad como nación, y anunciaron que la responsabilidad por las matanzas la sufriría el pueblo turco al completo.

"El pueblo turco, por asesinar a los armenios sin ningún motivo, ha pasado a la condición de culpable. Por tanto, la responsabilidad se encuentra enteramente en el pueblo turco. [...] La respuesta del Consejo rechaza la idea de inocencia del pueblo turco, y expresa la visión de que 'una nación debe ser evaluada de acuerdo al gobierno que la dirige'." [Citado por Akçam, 193]

Pese a que, como se ha citado con anterioridad, el gobierno otomano inició los juicios contra los responsables, la invasión del territorio turco por los griegos y el posterior inicio de la guerra de liberación por parte de las fuerzas nacionalistas de Mustafa Kemal dieron al traste con la posibilidad de que fueran llevados a término.

Los principales responsables del genocidio consiguieron huir del país y se refugiaron en Alemania, otros fueron capturados por los aliados y trasladados a la isla de Malta, de donde más tarde escaparían ayudados por las propias potencias que organizaron la huida. Nunca fueron juzgados.

El Tashnak¹⁴ ya había decidido años antes de que comenzasen los juicios *encargarse* personalmente del destino de aquellos a los que creía responsables de la suerte del pueblo armenio y encomendó a un joven nacionalizado estadounidense y superviviente de las primeras matanzas, Shahan Natalie, dirigir la operación *Nemesis*. Los ex dirigentes otomanos que habían tomado parte en la planificación del genocidio fueron, poco a poco, cayendo: Talat Paşa, en Berlín; Cemal Paşa, en Tbilisi; Said Halim, en Roma; Bahattin Sakir, en Berlín... Varios armenios, tildados de "traidores" por colaborar con los turcos, fueron también ajusticiados en Estambul. Enver Paşa encontró la muerte, él mismo, en su aventura panturquista de Asia Central. [Mourenza]

Para el académico de origen armenio Razmik Panossian "los Musulmanes y los Turcos fueron históricamente 'el Otro' para la identidad armenia. Después del genocidio ese *Otro* se personificó, además, como el demonio. Debido al negacionismo del estado turco, las heridas de 1915 permanecen abiertas y la noción del 'demonio Turco' se ha perpetuado en la cultura popular armenia. El espíritu turco fue considerado 'inmoral, sucio y violento'. La *turcofobia* fue aceptada, por tanto, como 'natural' e inherente a la buena conducta". [Panossian, 240]

LA (IN)JUSTICIA

Como ha quedado explicado anteriormente, las potencias vencedoras no prestaron más atención que al reparto del botín, pues el único castigo aplicable era el castigo colectivo.

Por su parte tanto el gobierno otomano (Estambul) como el nacionalista (Ankara) admitieron que se habían cometido "crímenes contra la humanidad", y criticaron estas masacres llevadas a cabo durante la 1ª Guerra Mundial. Ambos, eso sí, entendían que las responsabilidades correspondían a los organizadores y perpetradores de los crímenes.

14 Federación Revolucionaria Armenia.



Incluso entendieron que los juicios eran política y socialmente necesarios, por eso el gobierno otomano puso en marcha los juicios. Mustafa Kemal, mucho más pragmático, confió incluso en que los procesos sirvieran para mantener el Pacto Nacional (el territorio acordado en el armisticio)¹⁵.

En este punto Akçam recuerda que si las cuestiones relativas al Tratado de Paz que se estaba preparando (entre las que se hallaba el Pacto Nacional) se hubiesen mantenido al margen del castigo para los responsables, hoy podríamos contar una historia diferente. Pero la decisión -expresada en el Tratado de Sèvres- de jugárselo todo a una carta, desmembrando el espacio otomano, 'balcanizando' el territorio mediante unidades étnicamente homogéneas y, que ello sirviera de castigo colectivo contra "los turcos" -medidas adoptadas como un todo-, significó que con la victoria del bando nacionalista en su guerra de independencia el "todo" se convirtió en nada. Para colmo los países de la Entente permitieron que Grecia se lanzara a la conquista de Asia Menor. El 16 de mayo de 1919 las fuerzas griegas invadieron Izmir (Esmirna) dando un golpe mortal a la causa armenia. El gobierno nacionalista dio entonces por iniciada la guerra de independencia. El subsiguiente tratado de paz (Tratado de Lausana, 1923) devolvió los límites a lo acordado en el Pacto Nacional, por lo que Armenia no sólo vio fracasadas sus aspiraciones territoriales sino que privó a las víctimas de una verdadera justicia.

Desde luego los proyectos wilsonianos de limpieza étnica previstos para Anatolia seguían la misma lógica que el programa de *turquificación* del CUP hacia las minorías cristianas, el que más tarde pondría en práctica Hitler contra los judíos, el llevado a cabo por el Estado israelí con los palestinos o incluso Armenia, en fechas más recientes, en Nagorno Karabaj. Pretender dotar de legitimidad la propuesta suponía un insulto tanto a la misma idea de justicia como a las propias víctimas. Ciertamente unir como una misma cuestión los planes colonialistas de las grandes potencias y la supuesta "intervención humanitaria" (algo a lo que ahora ya estamos tristemente acostumbrados) pudo enmascarar, de cara a la opinión pública de la época, los verdaderos intereses imperialistas. Pero visto con la óptica actual no resulta descabellado razonar que las "guerras humanitarias" o las intervenciones para restaurar la democracia no son sino la burda mascarada de planes de domino y control de más altos vuelos.

El gobierno nacionalista de Ankara dejó claro que ni la entrada del país en guerra ni el hecho de que un pequeño número de personas hubieran cometido crímenes contra la humanidad durante la contienda, podía justificar que la nación al completo sufriera las represalias. En este sentido Mustafa Kemal aseguró en octubre de 1919 que el grupo responsable de tan horribles acciones, abusos y que había lanzado al país a la ruina, consistía en una pandilla de unionistas (miembros del CUP), y que esas personas eran las que debían ser perseguidas. [Akçam, 193]

El gobierno otomano también reclamó al gobierno británico la extradición de los responsables que se hallaban retenidos en Malta, con el compromiso de que serían juzgados. Por tres veces, entre marzo y septiembre de 1921, los gobiernos de Turquía cursaron la petición de manera oficial y formal. La primera de ellas realizada por el de Estambul, a la segunda se sumó también el gobierno de Ankara, y la última sólo a petición del gobierno nacionalista. En todas ellas se reconocían los crímenes cometidos durante la guerra, imputando a los líderes del CUP y miembros del gobierno responsables, y se reclamaba que los juicios se llevaran a cabo en el país bajo la legislación vigente. A la vez, ambos gobiernos rechazaban cualquier tipo de partición de Anatolia como parte de ese

15 En un memorándum remitido al Consejo de Diez, el Gran Visir Damad Ferid Paşa, anunció su oposición a la partición de Turquía a cuenta de lo ocurrido durante la guerra. "El Gobierno otomano no aceptará la partición del Imperio o su división en mandatos". La actitud del Gran Visir fue tomada con sorpresa e irritación por parte de las potencias de la Entente. "[El Presidente] Wilson anunció que no había visto nada con menos sentido que esto. Al igual que para Lloyd George, que definió el memorándum como 'un buen chiste'." (Akçam, 192).



acuerdo.

Los países de la Entente rehusaron tales peticiones y el gobierno nacionalista, inmerso en la lucha de liberación, nunca más volvió a comprometerse en aplicar o colaborar con el procesamiento de los culpables de genocidio. Según el ministro de defensa británico, un tal Wiston Churchill, "la injusticia ha cambiado ahora de lado. La Justicia se ha pasado al otro bando".

Hasta ese momento las cinco potencias (EEUU, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón) se habían limitado a crear una comisión, al calor de la Conferencia de París, para dilucidar las responsabilidades de los crímenes y el tipo de procedimiento que debería seguirse. La "Comisión sobre la Responsabilidad de los Autores de la Guerra y la Aplicación de Castigos" fue creada el 18 de enero de 1919 con el objetivo de definir quiénes eran los culpables de la guerra, determinar qué leyes se habían vulnerado y por quiénes, la responsabilidad de estos crímenes y la forma de juzgarlos.

Sobre lo primero no hubo dudas, los Imperios centrales (Alemania y Austria-Hungría), Bulgaria y Turquía eran los culpables. En segundo lugar se estableció la existencia de crímenes contra soldados y población civil extranjera (por parte de un Estado sobre los de otro). Pero también Alemania y Turquía habían cometido crímenes contra sus propios ciudadanos en áreas de su propia soberanía. La falta de acuerdo entre los miembros de la comisión y la inexistencia de una legislación internacional clara -aplicable a los hechos perpetrados contra las minorías griega y armenia en el Imperio otomano- les llevó a apoyarse en la Convención de La Haya de 1907 que de manera vaga establecía un límite "humanitario y moral" allí donde no existían leyes de guerra (o en tiempo de guerra) o no se habían constituido otro tipo de normas. En ese caso los criminales podían ser perseguidos judicialmente.

La cuestión fue entonces decidir si se creaba -o no- un tribunal internacional integrado por representantes de la Entente, y qué tipo de autoridad debía tener en cada caso. Tras arduas discusiones y desencuentros, los delegados estadounidenses aceptaron la propuesta de crear una Corte Internacional bajo los principios que prepararía el presidente Wilson (EEUU) y separando los "crímenes cometidos en vulneración de las leyes de guerra" de los "crímenes contra la humanidad". En este último caso la responsabilidad de enjuiciar recaería en tribunales militares que los aliados establecieran.

Este acuerdo fue trasladado a los tratados de paz particulares que se establecieron con Alemania (Tratado de Versalles) y Turquía (Tratado de Sèvres). En este último caso la redacción constaba de 5 puntos en los que se obligaba al gobierno otomano a reconocer la autoridad y jurisdicción de los tribunales militares de las potencias aliadas y la obligación de colaborar con los mismos.

La idea de juzgar estos "crímenes contra la humanidad" nunca tuvo efectos prácticos debido a las diferentes interpretaciones que sobre la cuestión tenían las propias potencias de la Entente. En el caso de Turquía, la Corte marcial establecida en Estambul en abril de 1920 procesó *in absentia* tanto a los responsables de los crímenes de guerra y las masacres, como a los líderes del movimiento nacionalista, entre ellos a Mustafa Kemal que fue condenado a muerte.

Como se ha dicho con anterioridad, ni siquiera los responsables capturados por los aliados y recluidos en la isla de Malta fueron trasladados a Turquía para ser juzgados. Antes bien, llegaron a escapar de su cautiverio ayudados por sus propios carceleros.

A MODO DE CIERRE (EPÍLOGO)

He tratado de exponer en un breve recorrido histórico detalles que pueden servir para aclarar algunos aspectos que son falseados u ocultados por la visión más extendida en Occidente, la de la diáspora armenia y de los sectores nacionalistas más recalcitrantes.



Pese a todo todavía habrá quien tenga en la cabeza la pregunta más ampliamente difundida respecto a este tema: pero entonces ¿por qué los turcos niegan el genocidio armenio?

En primer lugar porque no está claro a quien se refiere el término "turcos". Además de ser un reduccionismo, si por turcos entendemos a los ciudadanos de la República de Turquía, estamos obligados a reconocer que en este país hay quienes se definen como turcos pero también kurdos, circasianos, judíos, armenios, alevíes, y otros muchos grupos étnico-culturales que el término "turcos" ignora y sepulta. Y tan importante como esta razón conceptual está el hecho de que es imposible encontrar una actitud homogénea, no sólo en la sociedad turca, incluso dentro de los citados grupos, relativa al genocidio armenio o a su negación. La pluralidad social en Turquía es, pese a todo, un modelo de convivencia multicultural bastante menos problemático que el existente en zonas no muy lejanas geográficamente.

Pero si a lo que se refiere la pregunta, o por formularlo mejor, si el sentido de la misma está dirigido hacia las razones de una política de Estado, lo que resulta evidente es que la opinión de la sociedad difiere de la posición del Estado.

Pese a que no existen investigaciones amplias y rigurosas sobre el genocidio que retraten de manera más o menos exacta la opinión de la vasta diversidad social del país, Akçam avanza que, sobre esta cuestión, la sociedad puede ser definida como ignorante, apática, fatalista, reticente y silenciosa antes que negacionista. Y donde el silencio o el evitar manifestarse -no en el sentido de una actitud personal-, que se encuentra en todos los segmentos sociales, hace referencia al hecho de no tomar una postura abiertamente contraria al discurso oficial del Estado. Este silencio tampoco puede ser interpretado como miedo a una opresiva política policial (pues de hecho no existe ningún artículo específico del código penal que castigue expresarse sobre ello) sino como ignorancia o indiferencia ante la historia. Para olvidar, primero es preciso conocer.

Pese a todo, también hay sectores académicos o políticos que frecuentemente se encargan de remover las conciencias de la opinión pública. Hace unos meses un grupo de intelectuales, académicos y periodistas turcos iniciaron una campaña en la que pedían disculpas "a sus hermanos armenios" al tiempo que rechazaban la injusticia que suponía la indiferencia y la negación del gran desastre que sufrieron los armenios otomanos en 1915. En apenas unas horas la campaña recogió miles de firmas a través de internet.

Con respecto al discurso del Estado las cosas son sensiblemente diferentes. El ejército ha sido la columna vertebral de la República, pero incluso antes de ésta ya tuvo un papel de liderazgo en el Imperio. Para Petras "en la consecuente 'limpieza étnica' de todas las minorías del antiguo Imperio otomano se siguió la lógica republicana secular en la que los militares asumían el papel de defensores del *ethos* 'modernista' frente a los enemigos 'imaginarios' disfrazados de minorías". [Petras, 67]

El hecho de que el estamento militar sea el pilar fundamental es la más importante de las razones para que los valores que prevalezcan en Turquía sean más castrenses que civiles. En lugar de democráticos o liberales, predominan otros como el heroísmo, la autoridad o la disciplina.

Para Akçam, que conoce bien la configuración de su país, "el Estado es sagrado", la nación no posee al Estado, antes bien es el Estado el poseedor de la nación. Sociedad y Estado son dos entidades estancas, y ésta última organizada casi en abierta oposición al conjunto de los ciudadanos [Akçam, 230]. En su disección de los aspectos y detalles, el intelectual turco explica cómo el Estado se sustenta sobre cinco pilares, convertidos en dogmas, y que incluyen medidas legales para quien los desafíe. Aunque en lo que se refiere al genocidio armenio no existe formalmente veto legal pues prácticamente no quedó nadie que pudiera contraargumentar el discurso oficial. Algo que no ocurre, por ejemplo, con otro de los pilares convertidos en tabú: el que hace referencia al conflicto kurdo.

El ejército, garante de la estructura de poder, ya ha llevado a cabo numerosos golpes de



estado para suprimir cuantas revueltas puedan cuestionar o modificar los dogmas sobre los que se sustenta la República. El manto de la ignorancia continúa extendido, y cada vez es más urgente que la sociedad llegué a conocer qué ocurrió en aquellos años de guerra.

Por último, señalar que en el plano internacional también se da una remarcable disfunción entre medios y fines. Partiendo de la base de lo difícil (quizá irreconciliable) que es respetar la soberanía nacional de los países y, a la vez, intervenir en cuestiones internas de un estado -teniendo en cuenta que como norma general los fines humanitarios esconden objetivos estratégicos-, los intentos para proceder contra los responsables (individuos o instituciones) de crímenes contra la humanidad acaban convirtiéndose en una tapadera para la injerencia, desestabilización y control de la política interna del país en cuestión. Si, como ocurrió en el caso armenio, los intereses de las potencias occidentales entran en conflicto con los objetivos humanitarios (y Oriente Medio es el paradigma de tales políticas), entonces resulta ingenuo confiar en los pomposos discursos oficiales.

Es imprescindible entonces una sólida legislación internacional (y las instituciones encargadas de hacerla cumplir), fruto del consenso entre las naciones, que las comprometa a todas por igual y que condene cuantos actos delictivos sucedan en cualquier parte, y no sólo en los países más débiles. Pero si ni siquiera parece posible marcar una separación clara entre políticas humanitarias e intereses económicos y geopolíticos ¿cómo llegar a un consenso ético sobre las normas globales de intervención para casos humanitarios?

Antonio Cuesta es corresponsal en Turquía de la agencia Prensa Latina